

# **Acumulación del capital y organizaciones del sector agrario en la región pampeana: 1991-2008.**

Nicolás Pérez Trento.

Cita:

Nicolás Pérez Trento (2013). *Acumulación del capital y organizaciones del sector agrario en la región pampeana: 1991-2008*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/738>

## **X Jornadas de sociología de la UBA.**

20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI 1 a 6 de Julio de 2013

**Mesa:** 78 - Acerca de la unidad entre relaciones económicas y relaciones políticas: la cuestión de la determinación y la subjetividad en el análisis de la sociedad argentina

**Título de la ponencia:** Acumulación del capital y organizaciones del sector agrario en la región pampeana: 1991-2008

**Autor:** Pérez Trento, Nicolás (UNGS-IDES)

### **Acumulación del capital y organizaciones del sector agrario en la región pampeana: 1991-2008<sup>1</sup>**

Pérez Trento, Nicolás (UBA)

La forma que toma el proceso de acumulación de capital en la década de 1990 dejó un hondo surco en la producción agraria pampeana. La desregulación del sector que llevó adelante el gobierno liberal y la marcada sobrevaluación de la moneda aceleraron la marcha de la concentración y centralización del capital agrario, acentuando la transformación que venía atravesando la estructura social de la región.

Este proceso prosiguió, bajo otra forma, durante la década siguiente. Tras la devaluación del año 2001, la subvaluación inicial del peso y el sostenido incremento del precio mundial de las mercancías agrarias se configuraron como el punto de partida de un veloz ciclo expansivo.

Sobre esta base, la producción agraria experimentó una transformación significativa. Con la aprobación del uso de la soja RR en 1996, la utilización de esta semilla junto al paquete tecnológico asociado (principalmente, siembra directa y glifosato) se expandió velozmente. Al mismo tiempo, la sobrevaluación permitió la renovación de los principales medios de producción. De esta forma, la productividad del trabajo agrario se incrementó marcadamente, lo que tornó a la organización de la producción en un proceso cada vez más complejo.

Asociado a la expansión de la producción primaria, se produce en este período otro proceso igualmente destacable, consistente en el desarrollo a velocidad no menos vertiginosa de las ramas industriales de la producción vinculadas a aquella: se trata del fenómeno del *agribusiness*.

Las organizaciones del sector expresaron estos procesos de distintas formas.

---

<sup>1</sup> Este trabajo se realizó en el marco del UBACYT 20020110200309: "La reproducción de la estructura económica de la sociedad argentina a través de las transformaciones de sus formas políticas desde la década de 1960 hasta la actualidad. Análisis de sus expresiones concretas", dirigido por Juan Iñigo Carrera, con asiento en el Instituto de Investigaciones Económicas de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, convocatoria 2012-2014.

En primer lugar, las entidades gremiales muestran una tendencia a la dilución de sus antagonismos históricos, lo que les permite converger en acciones políticas conjuntas como el lockout agropecuario del 2008. El caso más marcado de este movimiento es el de la FAA.

Asimismo, la estructura de organizaciones del sector comienza a expandirse, al abarcar asociaciones de un nuevo tipo que asumen funciones técnicas y se vinculan especialmente con la gestión del capital, la utilización de nuevas tecnologías y la integración de los distintos eslabones de la cadena de producción, incluyendo la producción primaria.

Finalmente, la necesidad de profesionalización de numerosos capitalistas agrarios comienza a ser respondida por distintas organizaciones, entre las cuales destacan la FAA y AAPRESID. Esta última lo hace, por otra parte, bajo la forma ideológica del *empresario innovador*.

En lo que sigue, nos proponemos analizar estos procesos en relación con las transformaciones que caracterizaron a la producción agraria pampeana durante las pasadas dos décadas, entendiéndolos como expresiones concretas del proceso nacional de acumulación del capital en la rama agraria. Para ello, vamos a tomar como punto de partida la sobrevaluación del peso que comienza a ser sostenida por la ley de convertibilidad a partir de 1991. Asimismo, la trascendencia histórica del lockout agrario que se desarrolla en el 2008 permite tomar a este año como cierre del período.

## **Las organizaciones agrarias en el período 1991-2008**

A primera vista, en la estructura de organizaciones del sector agrario se evidencian dos procesos que marchan en paralelo: por una parte, las entidades gremiales exhiben una tendencia a la dilución de sus antagonismos, que se evidencia en su mayor capacidad de realización de acciones políticas conjuntas; por la otra, esta estructura comienza a expandirse, incorporando nuevos tipos de asociaciones de funciones técnicas. Nos detendremos entonces, brevemente, sobre estos aspectos.

### *La dilución de antagonismos en la acción política de las entidades gremiales*

Uno de los aspectos más llamativos en el devenir de las organizaciones agrarias durante este período es la tendencia a la disolución de los antagonismos que caracterizaron durante décadas a la estructura de entidades gremiales. Uno de los más marcados puede hallarse en la división clasista originaria que enfrentó, especialmente a dos organizaciones.

Una de ellas, la primera en constituirse, es la Sociedad Rural Argentina (SRA). Lo hace al mismo tiempo como entidad social y gremial, ya que además de agrupar a los miembros de los estratos más altos, expresa los intereses y perspectivas de los terratenientes ganaderos, especialmente de los asentados en

la región pampeana (de Palomino, 1988). La exclusión de los arrendatarios y agricultores de esta representación unitaria fue determinante para la constitución de la Federación Agraria Argentina (FAA) en 1912, lo que da origen a un primer clivaje en el sistema de representación, que comienza a estructurarse por clases sociales.

Tal característica, sin embargo, comienza a desdibujarse casi inmediatamente con la creación de la Confederación de Asociaciones Rurales de Buenos Aires y La Pampa (CARBAP), que constituye una escisión al interior del sector ganadero: mientras que esta organización comienza a agrupar a los ganaderos criadores, el eslabón más débil de la cadena, los invernadores se mantendrán nucleados en la CRA. Hacia 1943, CARBAP va a coaligarse con otras confederaciones y federaciones del interior para conformar Confederaciones Rurales Argentinas (CRA) (Giberti, 1986).

La estructura de representación de intereses políticos del sector agrario queda cristalizada de forma relativamente estable en 1956, con la creación de la Confederación Intercooperativa Agropecuaria (CONINAGRO), que nuclea miles de cooperativas distribuidas por todo el territorio y agrupadas a su vez en una docena de federaciones de segundo grado. Esta organización es resultado de distintas experiencias de nucleación de cooperativas, que toman fuerza en la década de 1940 como alternativa a las comercializadoras privadas.

De esta forma, la estructura de representación política de la producción agropecuaria responde, inicialmente, a clivajes que responden tanto a las clases sociales como a las diferencias al interior de ramas productivas. Por un lado, FAA y CONINAGRO tendieron a agrupar a los capitalistas pequeños y medianos, cuya participación directa en la producción es disímil: mientras que en algunos casos ésta se organiza mediante mano de obra familiar, en otros tantos se contrata fuerza de trabajo; por el otro, los terratenientes y capitalistas ganaderos se nuclearon en la SRA y la CRA (especialmente en CARBAP), divididos según la actividad específica que llevan a cabo, así como el tamaño de la propiedad que poseen o explotan (Makler, 2007).

Se trata de una estructura de organizaciones que se articula en torno a las reivindicaciones gremiales, y que se caracteriza por su fragmentación, principalmente en torno a la actividad productiva, la posesión de la tierra y magnitud del capital, y de estrategia respecto a las estructuras de comercialización. Sin embargo, este sistema presenta una cierta indeterminación en relación a las bases sociales representadas, que en parte se superponen (Lattuada, 1992).

Esta situación tiende a complejizarse hacia mediados de la década de 1940, cuando la estructura de propiedad de la región pampeana atraviesa una transformación de largo plazo que tiende a erradicar el sistema de arrendamientos agrícolas que había regido durante todo el siglo, y que tiene por consecuencia tanto una fuerte disminución en la magnitud de la renta apropiada por la clase terrateniente, como de su capacidad de disponer libremente de sus tierras (Barsky & Pucciarelli, 1991; Balsa, 2006). De esta forma, los antagonismos característicos de la primera mitad del siglo, y cuya máxima expresión fue el Grito de Alcorta y la creación de la FAA, comienzan a desdibujarse. La acción política conjunta que emprenden estas organizaciones frente a la posibilidad de la aplicación de un

impuesto a la renta potencial de la tierra, en la década de 1970, constituye un primer indicador de este desplazamiento.

Esta tendencia, que pareció estancarse durante la década de 1990, continuó desarrollándose durante la década siguiente hasta alcanzar su apogeo en el lockout agropecuario del año 2008.

En efecto, las políticas económicas de la década de 1990 tuvieron un efecto directo sobre la acción política de las organizaciones tradicionales, que incrementaron el nivel de movilizaciones y protestas, superando incluso el registrado durante el gobierno de Alfonsín.

Su participación fue, sin embargo, dispar. Mientras que CONINAGRO, la FAA y la CRA encabezaron la mayoría de las acciones, la SRA permaneció al margen prácticamente durante toda la década (Sartelli, 2008). Ninguna de éstas, sin embargo, logró aglutinar a las 4 entidades.

La crisis y posterior devaluación del año 2001 modificaron este panorama. Especialmente, tras la reaparición, en el 2002, del tan temido fantasma del sector agropecuario: los impuestos a la exportación, más conocidos como retenciones. Este fue uno de los principales aglutinantes de la acción gremial conjunta de estas entidades, que giró en torno a su eliminación.

La entidad que encabezó las acciones de protesta en este período fue la CRA. Pero a diferencia de la década previa, fue acompañada principalmente por la SRA, mientras que CONINAGRO se mostró como la menos activa.

Más llamativa es la trayectoria de la FAA, que se mueve de una posición marcadamente oficialista a una de confrontación directa.

Si frente al gobierno de Duhalde eligió plegarse a un paro que detuvo la comercialización de granos durante cinco días en rechazo a un “abuso fiscal” que refería a la magnitud de los distintos impuestos que recaían sobre el sector (incluyendo por supuesto a las retenciones), y al que también se acoplaron la SRA y la CRA (y posteriormente, también CONINAGRO), la asunción de un nuevo gobierno dio lugar al inicio de un compás de espera.

Inicialmente, la actitud de la FAA fue de apoyo al gobierno de Kirchner, lo que se expresó en las invitaciones a sus integrantes a los congresos de la entidad. Esta tendencia comenzó a revertirse en el 2005, año en el que se realizaron acciones de protesta en Córdoba y Entre Ríos y una marcha a Plaza de Mayo en reclamo de una reforma agraria.

Dos nuevos paros tuvieron lugar el año siguiente, a raíz de la intervención del gobierno en el mercado de la carne. El primero fue impulsado por la CRA y contó con la adhesión de la SRA. La FAA decidió no participar, apostando a la negociación con el gobierno de un plan ganadero.

Cuando éste fue lanzado, en junio, no logró satisfacer las expectativas de la entidad. Este hecho marcó un punto de inflexión en su acción política: a partir de allí, no sólo iba a confrontar abiertamente con las políticas del gobierno, sino que iba a confluir en acciones políticas conjuntas con la SRA y la CRA. Apenas 6 meses más tarde, iba a ser la propia FAA la que convocaría, junto con la CRA, a un nuevo paro agropecuario, al que adheriría la SRA.

Pero si la impensada coincidencia de la FAA y la SRA en una misma acción política parecía un hecho meramente coyuntural y acotado a un problema específico, el lockout agropecuario del año 2008 puso en evidencia que el

antagonismo que había caracterizado a ambas organizaciones tendía a diluirse o, al menos, que la posibilidad de realizar acciones conjuntas seguía latente.

Esta acción, en la que coincidieron las cuatro organizaciones, se transformó en una de las más significativas en la larga historia de los conflictos agrarios, tanto a causa de su prolongada duración como del fuerte apoyo que encontró en sectores urbanos.

El desencadenante inmediato del lockout fue un nuevo incremento en la magnitud del impuesto a la exportación de las principales mercancías agrarias. La resolución 125 estipulaba un esquema de valores móviles para las retenciones a la exportación de mercancías agrarias. A los valores de aquella fecha, la soja y el girasol hubieran alcanzado el 44,1% y 39,1% respectivamente. Por añadidura, el carácter de movilidad del esquema pergeñado podría haberlas hecho subir hasta el 50%.

Las cuatro organizaciones gremiales pusieron inmediatamente el grito en el cielo, y conformaron la Mesa de Enlace con la intención de aunar sus acciones políticas. Después de tres tensos meses, el conflicto acabó por resolverse por vía parlamentaria, configurando no sólo un triunfo significativo para estas organizaciones, sino una derrota no menos significativa para el gobierno kirchnerista.

De este modo, la acción política de las entidades gremiales durante la posconvertibilidad sigue una trayectoria disímil. Mientras que la SRA y la CRA se muestran como las más críticas de las políticas económicas, así como CONINAGRO tiende a ser la más proclive al diálogo, la FAA pasa del apoyo inicial al gobierno a una oposición cada vez más marcada, en la que confluye con las dos primeras entidades.

#### *Las asociaciones técnicas y de cadena de producción: capitales agroindustriales, profesionalización y nuevas tecnologías*

Al mismo tiempo, la estructura organizacional del sector agrario comienza a complejizarse de la mano del surgimiento y consolidación de nuevas asociaciones que, esquemáticamente, podrían ser tipificadas en dos grupos principales.

El primero de ellos está formado por organizaciones que se proponen integrar a los capitales que forman los eslabones de producción de las distintas mercancías agrarias, incluyendo por supuesto a los dedicados a la producción primaria, pero también los que producen semillas, agroquímicos, acopio, industrias alimenticias y exportadores: lo que posteriormente dio en llamarse agroindustria o *agribusiness*. En estas asociaciones se hallan representados tanto los capitales nacionales más concentrados como los extranjeros. Asimismo, también suelen formar parte los organismos públicos del sector, como el INTA.

Su objetivo es integrar toda la cadena vertical de la producción con el objeto de consensuar estrategias para expandir el consumo de estas mercancías, así como impulsar la investigación y el desarrollo de nuevas tecnologías.

Una de las primeras asociaciones que comienza a desarrollar estas funciones es ASAGIR, que tras reformar sus estatutos en el año 2000 asume el

propósito de integrar a la cadena vertical del girasol. Posteriormente, se crean la Asociación del Maíz Argentino (MAIZAR), la Asociación de la Cadena de la Soja Argentina (ACSOJA) y la Asociación Argentina de Trigo (ARGENTRIGO), para mencionar algunas de las más importantes.

El otro tipo de asociación nuclea a capitalistas dedicados a la producción primaria. Inicialmente, se proponen como objetivo el intercambio de experiencias en torno a la utilización de nuevas tecnologías y formas de producción. El antecedente más lejano de este tipo de organización lo constituye la Asociación Argentina de Consorcios Regionales de Experimentación Agrícola (AACREA), fundada en 1960 con el fin de agrupar los distintos CREA, grupos de trabajo formados por capitalistas agrarios con el fin de promover ensayos tecnológicos. De forma similar, la Asociación Argentina del Girasol (ASAGIR) se constituye en 1980 con el propósito inicial de organizar reuniones técnicas relacionadas con el cultivo de girasol.

El caso más notorio de este nuevo tipo de organización es, probablemente, la Asociación Argentina de Productores de Siembra Directa (AAPRESID). Su creación data de 1989, momento en que un grupo de capitalistas agrarios forma esta ONG para intercambiar experiencias en torno a la producción mediante siembra directa, que lentamente comenzaba a expandirse. En la actualidad, no obstante, el rol que pretende jugar es mucho más ambicioso: a la función de difusión del conocimiento, que siguen llevando adelante mediante la organización de congresos y reuniones técnicas, se agrega la creación de empresas de investigación y desarrollo con capitales de sus miembros, así como la potenciación de la rentabilidad de las empresas agropecuarias. Cabe destacar, por otra parte, que en este proceso han incorporado a la asociación, en calidad de *alianzas*, a los restantes capitales de la agroindustria, de forma similar a las asociaciones de cadena.

El análisis de los congresos de la asociación es una buena forma de seguir esta trayectoria. Hasta 1996, éstos estaban dedicados principalmente a brindar información sobre el sistema de siembra directa, para lo cual congregaban a especialistas del sector público y privado tanto a nivel nacional como internacional. En los años siguientes las temáticas tratadas comienzan a diversificarse, abarcando también las biotecnologías y haciendo eje de forma creciente en la *profesionalización*, esto es, la administración y gestión empresarial. Cabe destacar que la noción de empresa referida ya no coincide estrictamente con la explotación agraria individual, sino que se extiende hasta incluir a grupos de inversión, planificación mediante métodos profesionales para la toma de decisiones, tercerización de servicios, consideración de los distintos tipos de mercado, etc. La figura del *empresario innovador*, que emerge con fuerza en este período, está vinculada especialmente a los miembros de esta asociación. Por otra parte, los congresos comienzan a expresar una perspectiva propia en relación a cuestiones económicas que exceden no sólo la siembra directa sino también la producción agraria en general, como los problemas que tendría la Argentina para insertarse en el mundo y las posibilidades de aportar soluciones desde el sector agroindustrial (Hernández, 2007; 2009; Gras & Hernández, 2009b).

## **El sujeto de la producción en el modo de producción capitalista**

Dar cuenta de estos fenómenos que caracterizan a las organizaciones agrarias durante el período implica preguntarse por el sujeto de ambos procesos: tanto de la acción política de las entidades gremiales como de la creación de nuevas asociaciones. Se trata, indudablemente, de acciones que corresponde atribuir a la conciencia y voluntad de los capitalistas del sector agrario. La pregunta es, entonces, si éstas son portadoras de alguna determinación, o si pueden explicar por sí mismas estas acciones. Para avanzar sobre esta cuestión, por lo tanto, hay que interrogarse acerca del contenido de la conciencia y voluntad de los individuos en el modo de producción capitalista.

En éste, la organización de la producción y el consumo sociales no se realiza mediante relaciones directas entre las personas, sino que, por el contrario, éstas participan en este proceso como individuos libres, es decir, carentes de todo tipo de vínculo de dependencia personal. Su relación social no se halla entonces portada en su persona, sino en los productos del trabajo social, como el atributo que tienen éstos para relacionarse directamente entre sí en el cambio y, por lo tanto, para relacionar de forma indirecta a sus poseedores. En otras palabras, al realizarse el trabajo social de forma privada, se representa como valor, esto es, como el atributo que posee su producto, la mercancía, para cambiarse.

La conciencia y voluntad libres de los productores de mercancías se halla entonces sujeta a una determinación históricamente específica: la de someterse a la necesidad impuesta por la forma de valor que toma su producto. Esto es, la de actuar como personificación de su mercancía. Los productores de mercancías son libres por ser sirvientes del carácter social de sus productos. De este modo, desde el punto de vista de su participación en el trabajo social, la conciencia y voluntad de los individuos sólo cuentan en cuanto personifican las potencias de su mercancía. Y esta potencia se les presenta como ajena, precisamente por estar materializada en las mercancías. De este modo, su conciencia y voluntad de individuos libres son las formas concretas en que existen su conciencia y voluntad enajenadas.

Al realizarse de forma privada, la unidad de la organización del proceso de producción y consumo social no es un atributo de las personas, sino que se establece de forma automática como un atributo del trabajo social. Tal atributo se enfrenta a sus propios productores como una potencia que no pueden controlar, y que consiste en la capacidad objetivada de poner en marcha el trabajo social con el único fin inmediato de expandir esta misma capacidad. Es decir, se los enfrenta como capital.

El capital se encuentra entonces determinado como el sujeto concreto de la producción y el consumo sociales. De esta forma, la conciencia y voluntad libres de los productores de mercancías son, desde este punto de vista, su conciencia y voluntad enajenadas no simplemente en la mercancía, sino en el capital. Es decir que, en el modo de producción capitalista, los individuos son libres porque deben poner su conciencia y voluntad libres al servicio de su mercancía, con lo cual su conciencia libre es la forma que tiene su conciencia enajenada en el capital. Por lo tanto, desde el punto de vista de la organización del proceso de producción y

consumo social, sólo cuentan como personificaciones del capital. Por un lado, el trabajo directo queda en manos del obrero que es doblemente libre, tanto conservar la autonomía de su voluntad como poseedor de la única mercancía que tiene para vender, como por hallarse separado de los medios de producción necesarios para poner en acción su fuerza de trabajo por cuenta propia. Por el otro, el capitalista personifica las potencias del capital (Iñigo Carrera, 2003).

La libre conciencia y voluntad de los capitalistas, de este modo, es la forma que adopta su conciencia y voluntad enajenadas en el capital. Así, para poder dar cuenta del contenido de los distintos fenómenos que caracterizan a las organizaciones agrarias de los capitalistas durante este período, debemos remitirnos a la forma que toma el proceso nacional de acumulación del capital, especialmente en el sector agrario.

### **La especificidad del proceso nacional de acumulación del capital**

Una de las características más salientes del proceso de acumulación del capital en la Argentina es la enorme cantidad de pequeños capitales de origen nacional, que conviven junto con fragmentos recortados de los capitales industriales más concentrados del mundo. Estos últimos presentan una característica específica: mientras que en otros países operan en escala suficiente para competir en el mercado mundial, aquí producen apenas para el diminuto mercado interno. Y si exportan, sólo pueden hacerlo a través de programas de promoción o mediante acuerdos de compensación con importaciones.

Semejante restricción en la escala implica que estos capitales ponen en marcha una productividad del trabajo marcadamente menor a la normal y, por lo tanto, deberían obtener una tasa de ganancia igualmente menor a la normal. Pero su sola presencia indica que ésta es, cuanto menos, equivalente a la normal.

Ocurre que estos capitales han contado, históricamente, con distintas fuentes de compensación, entre las que se encuentran: la compra de la fuerza de trabajo por debajo de su valor, sobre todo a partir de mediados de la década de 1970; la recuperación de medios de producción que se hallan obsoletos para producir para el mercado mundial, pero que aquí son puestos en producción como si fueran la vanguardia del desarrollo técnico; la elusión y evasión impositiva; una porción de la ganancia que escapa en la circulación a los pequeños capitales; y finalmente, la apropiación de una fracción de la masa de riqueza social que fluye hacia el país, bajo la forma de renta de la tierra agraria, vía las exportaciones de mercancías agrarias. Esta última forma de compensación determina la especificidad del proceso nacional de acumulación del capital y de sus formas políticas.

La forma más visible de esta apropiación son los impuestos a la exportación, más conocidos como retenciones. El Estado nacional se apropia de una parte de la renta y le da curso mediante el pago de subsidios, las exenciones impositivas, la expansión de la capacidad de compra de las mercancías que producen estos capitales, etc. Por otra parte, las retenciones tienen al mismo tiempo el efecto de abaratar las mercancías agrarias consumidas internamente, lo

que abarata la fuerza de trabajo para el capital sin afectar al salario real. De igual modo opera la restricción a la exportación de mercancías agrarias o la fijación de precios internos.

Sin embargo, existe una tercera forma en que una fracción de la renta agraria es apropiada por aquellos capitales, pero que no se hace inmediatamente visible por no transitar las arcas del Estado. Se trata de la sobrevaluación de la moneda nacional.

Ésta tiene el mismo efecto que las retenciones sobre los precios internos de las mercancías agrarias. Pero además, retiene parte del precio de producción de las mercancías exportadas en el momento en el que pasan por la mediación cambiaria. Las únicas mercancías capaces de atravesar esta mediación deben no sólo haberse producido en condiciones normales, sino además contar con una porción de plusvalía mayor al que constituye la ganancia normal. Es precisamente el caso de las mercancías agrarias, que son portadoras de renta de la tierra. Una porción de ésta es apropiada al pasar por la mediación cambiaria y, sin mediación aparente del Estado, desviada hacia sus beneficiarios: los capitales que importan mercancías industriales, correspondientemente abarataadas por la sobrevaluación.

Esta forma de apropiación tiene, por lo tanto, un doble efecto sobre los capitales industriales. Si por un lado les abarata la compra de fuerza de trabajo y medios de producción, al tiempo que le permite multiplicar sus ganancias locales al remitirlas al exterior, por el otro aniquila a los capitales más pequeños de origen nacional, al abaratar la importación de mercancías que compiten con las suyas.

Bajo estas distintas formas, los capitales industriales logran apropiarse una porción de la renta de la tierra que escapa a los bolsillos de la clase terrateniente y que se conforma, igualmente, como socia en esta apropiación. Tal es la determinación específica más simple del proceso nacional de acumulación del capital (Iñigo Carrera, 2007; 2011).

Las formas políticas que éste adquiere durante el período estudiado pasan del neoliberalismo al populismo más pleno. En efecto, la contracción de la renta agraria apropiable por los capitales industriales durante la década de 1990 sólo pudo ser compensada por una fuerte caída en el valor de la venta de la fuerza de trabajo y una aceleración en el proceso de concentración y centralización del capital, potenciado por la sobrevaluación de la moneda. A su vez, ésta pudo ser sostenida durante toda una década gracias a la liquidación de empresas públicas a precios de remate en primer lugar, y a la expansión desenfrenada de la deuda pública externa posteriormente. El saldo más inmediato de este proceso es la manifestación ya notoria del pasaje a la condición de sobrante de buena parte de la clase trabajadora, expresado principalmente en el aumento del desempleo y en la venta de la fuerza de trabajo muy por debajo de su valor (Iñigo Carrera, 1998).

Semejante proceso, en el que la economía argentina tiende a estancarse e incluso a contraerse, sólo puede ser personificado por gobiernos neoliberales. Por el contrario, la expansión que corresponde a los períodos en que vuelve a afluir renta de la tierra agraria de forma creciente no puede tomar la forma de un gobierno neoliberal, sino más bien populista. Y tanto más populista cuanto más aguda es la expansión.

Tras la crisis del 2001, que deja la moneda marcadamente subvaluada, tiene lugar hacia el 2003 una fase de sostenido crecimiento en los precios

internacionales de las materias primas, lo que multiplica el aflujo de renta agraria hacia la Argentina. El proceso de acumulación del capital entra entonces en una fase de violenta expansión que parece no tener límites, y en la que crecen los salarios y el nivel de empleo. Por otra parte, la apropiación de esta masa de renta enormemente expandida necesita tomar la forma clásica de las retenciones para seguir su curso mediante el pago de subsidios, la ejecución de obra pública, etc. Y cuando el Estado encuentra un límite a esta forma de apropiación, prosigue su avance sobre la renta sobrevaluando el peso, inflación mediante. La forma política que toma tal fase de expansión sólo puede ser, por lo tanto, la de un populismo tan exacerbado como ésta (Iñigo Carrera, 2011).

### **Las transformaciones en la producción agraria y la estructura social de la región pampeana**

La acumulación del capital en la rama agraria se desarrolla al compás de estos movimientos. Durante los últimos veinte años, la producción agraria ha experimentado una honda transformación, que ha trastocado la estructura social de la región pampeana. Ya desde comienzos de la década de 1970 comienza a desarrollarse un proceso consistente en el avance de la agricultura (especialmente, del cultivo de soja y de semillas híbridas de maíz y sorgo) sobre la región pampeana, lo que trajo aparejado la reducción de la superficie de pasturas y el estancamiento y relocalización de la ganadería vacuna (Barsky & Gelman, 2001).

Este proceso se acelera notablemente durante las dos últimas décadas, en las que se pueden identificar dos momentos clave, tomando nuevamente como parteaguas la devaluación del 2002. El primero de ellos está signado por las reformas estructurales que se implementaron a inicios de la década de 1990, entre las cuales cabe destacar la ley de convertibilidad que sostuvo una marcada sobrevaluación de la moneda, lo que permitió la importación de medios de producción más modernos que elevaron la productividad del trabajo agrario; desregulación de los mercados agropecuarios y eliminación de los impuestos a la importación y exportación; incremento en el valor del combustible, que incidió a su vez en el valor de los fletes por la suba de precio en los peajes en las rutas; desregulación de los contratos de arrendamiento; escasa oferta de crédito y altas tasas de interés para la producción agropecuaria (Fernández, 2008).

Estas reformas han resultado en un fuerte proceso de concentración y centralización del capital agrario, que tuvo un doble efecto: por un lado, un notorio incremento en la productividad del trabajo que ponen en marcha los capitales agrarios, y que se expresó en una serie de cosechas record; por el otro, la expulsión de la producción de los capitales más pequeños, cuya escala se tornó rápidamente insuficiente.

La sobrevaluación de la moneda, sin embargo, acaba por limitar por sí misma la expansión de la producción agraria, ya que si bien en combinación con la rebaja de los aranceles de importación reduce los costos del capital agrario al abaratar los insumos importados y el valor de la fuerza de trabajo, por otra parte

alcanza el valor íntegro de las mercancías agrarias exportadas, con lo cual afecta la ganancia normal de los capitales exportadores y restringe, por lo tanto, su aplicación sobre la producción agraria (Iñigo Carrera, 2007).

En el año 2002 tiene lugar una devaluación que, por el contrario, deja al peso significativamente subvaluado. Si por un lado este movimiento tiene el efecto inverso al de la moneda sobrevaluada, esto es, el encarecimiento de los costos para los capitales agrarios, por el otro permite el acceso al mercado mundial a los que operan con una escala inferior a la normal, sobre la base de la apropiación de una masa de riqueza social que compensa los mayores costos de su escala restringida. Asimismo, la subvaluación permite la expansión de la producción sobre la base de la aplicación extensiva e intensiva del capital agrario sobre la tierra, trabada por la sobrevaluación anterior, efecto que se ve parcialmente contrarrestado por la aplicación de las retenciones a la exportación (Iñigo Carrera, 2005). Este proceso expansivo se potencia, por una parte, por el marcado incremento en los precios mundiales de las mercancías agrarias, y por la otra, a causa del fuerte incremento en la productividad del trabajo que estos capitales ponen en marcha.

Estos procesos dieron un nuevo impulso al proceso de agriculturización de la región pampeana que había comenzado a desarrollarse décadas atrás. El veloz proceso de concentración y centralización del capital agrario, que caracterizó especialmente al primer momento, tuvo como efecto el notorio incremento de la magnitud del capital necesario para poner en marcha los procesos de producción. La reducción del número total de explotaciones, sobre todo de las pequeñas y medianas, así como el incremento de su tamaño medio, son formas en las que se expresa este desarrollo, que determina de distinta forma la suerte de los capitalistas.

Los de menor tamaño fueron, por supuesto, los más afectados. Mientras que algunos de ellos lograron acumular un capital de magnitud suficiente para mantenerse en producción, muchos otros se vieron forzados a salir de ella, convirtiéndose en meros rentistas, esto es, terratenientes, en el caso de que fueran propietarios de la tierra. Un buen número, asimismo, logró seguir en actividad prestando servicios como contratista.

Pero si la sobrevaluación tiende a expulsar de la producción a aquellos cuya escala va quedando pequeña, la subvaluación tiene el efecto inverso. Sobre esta base, los pequeños capitales que lograron sobrevivir a la década de 1990 inician un período de rápida expansión.

En el otro extremo de la escala, comienzan a ganar peso los fideicomisos agropecuarios, más conocidos como *pools de siembra*. Se trata de firmas que concentran y gestionan grandes magnitudes de capital, tanto agrario como extra-agrario. Se ha destacado el uso extensivo de los contratistas por estas firmas, así como el hecho de que, en la mayoría de los casos, las tierras sobre las que producen no son propias, sino arrendadas (de Martinelli, 2008). Sin embargo, la magnitud de la producción agraria que realizan estos fondos de inversión es aún objeto de debate, ya que no son registrados por los censos. Para el año 1997, una estimación precisaba que la superficie sembrada por los *pools de siembra* comprendía entre el 15% y el 20% de la región pampeana (Posada & Martínez de Ibarreta, 1998), aunque este número no necesariamente habría ido *in crescendo*.

En este sentido, buena parte de la producción aún sigue siendo realizada por capitalistas individuales. El proceso de concentración que se inicia en la década de 1970 y se exagera en la de 1990 afecta marcadamente a las unidades de menos de 500 (y especialmente de menos de 200 hectáreas), provocando su desaparición en gran número. Datos del Censo Nacional Agropecuario del año 2002 indican una notoria reducción en el número y superficie de estas explotaciones. Por el contrario, el número y superficie de las que tienen un tamaño mayor a 500 hectáreas tiende a incrementarse, especialmente las que, en el otro extremo de la escala, ocupan más de 2500 hectáreas. La notoria pérdida de significatividad de las explotaciones más pequeñas tiende entonces a reducir la heterogeneidad característica de la producción agraria pampeana, que se realiza en cada vez mayor medida en explotaciones de tamaño mediano y grande.

La magnitud del capital que éstas ponen en producción, como ya vimos, se vio sustancialmente incrementada durante todo el período, transformando las formas materiales en que se realiza la producción agraria. Y transformando, consecuentemente, el rol de los capitalistas.

### **Concentración del capital, profesionalización de los capitalistas y organizaciones agrarias**

Ya durante la expansión agrícola de las décadas de 1970 y 1980, se observa una tendencia de los capitalistas agrarios a ocuparse casi exclusivamente de la administración de su capital, abandonando el trabajo directo en la producción. Este recayó en buena parte sobre trabajadores asalariados: las explotaciones que contratan 1 o 2 asalariados en forma permanente registran una expansión en este período, en detrimento de las que no contratan asalariados. Otra parte recayó sobre los contratistas, esto es, capitalistas que se hallaban sobremecanizados en relación al tamaño de su explotación.

De esta manera, no sólo la familia del capitalista fue alejándose del trabajo directo en la producción, sino que él mismo redujo crecientemente su propio aporte de trabajo, para dedicarse principalmente a las funciones de organización de la producción, comercialización y financiación. Y lo hizo ya no en el campo, sino en la ciudad: es en este período en que comienza a cobrar importancia el fenómeno de la radicación urbana (Balsa, 2006).

En otras palabras, la forma de organización de la producción comandada por el *chacarero*, esto es, el capitalista que organiza personalmente la producción y trabaja, en compañía de la fuerza de trabajo familiar y ocasionalmente contratando asalariados, lentamente cede lugar frente a una organización más típicamente capitalista, en la cual el trabajo directo queda a cargo de los asalariados, mientras que los capitalistas se dedican a gestionar su capital.

El fuerte proceso de concentración de capital que tiene lugar a partir de la década de 1990 va a continuar desarrollando este proceso. Por un lado, porque la escala necesaria para poner en marcha los procesos de producción se incrementa notoriamente, complejizando la administración del capital. Por el otro la incorporación de nuevas tecnologías requiere la adquisición de las competencias

necesarias para organizar la producción. Finalmente, la comercialización de las mercancías agrarias también se complejiza, especialmente cuando se venden al mercado mundial.

Por supuesto, el capitalista que se sigue viendo a sí mismo como un *chacarero* no es capaz de llevar adelante este tipo de organización, en el que la relación con la tierra, el trabajo directo, la utilización de fuerza de trabajo familiar y de medios de producción propios quedan atrás. Por el contrario, en la medida en que la organización de la producción se parece cada vez más a la gestión de una empresa en la que adquieren cada vez mayor importancia aspectos como la administración profesional del capital, la utilización de nuevas tecnologías y técnicas, la planificación de períodos cada vez más extensos o la consideración de los distintos tipos de mercados, los capitalistas comienzan a verse a sí mismos no como chacareros ni como simples productores, sino como empresarios. Y es, en efecto, el momento en que más fuerza cobra la figura del *empresario innovador*, asociado no sólo a este proceso de profesionalización o *managerialización* de la producción, sino también al uso de estas nuevas tecnologías.

Son las organizaciones como AAPRESID o AACREA las que, además de promover la utilización de estas tecnologías, responde a esta necesidad dando forma a una identidad en la que se mezclan la tecnología, el “éxito” y un determinado perfil empresarial como respuesta a los problemas del desarrollo económico. Se trata de una construcción en la que la determinación general de la relación social se presenta invertida, ya que la abstracta conciencia y voluntad libre de los capitalistas aparece teniendo la capacidad de determinar el proceso de acumulación del capital.

El caso de AAPRESID es el más paradigmático. La nueva imagen del capitalista agrario que está asociada a esta organización puede dividirse en tres ejes principales: el empresario innovador, en abierta oposición al *agricultor* o *chacarero*, y que, a diferencia de éste, es parte de una articulación en red que incluye a los distintos actores de la cadena productiva; la desestimación de la propiedad de la tierra, asociada más bien a la figura del *chacarero*; y valorización del conocimiento como herramienta fundamental para la organización de la producción (Hernández, 2007).

Esta construcción identitaria es, de este modo, la forma concreta que toma la conciencia de algunos de los capitalistas que tienen a su cargo la organización de procesos productivos crecientemente complejos.

Por supuesto, la imagen del empresario que carga sobre sus hombros la misión de modernizar la producción mediante la implementación de nuevas tecnologías no es nueva. Se la ha asociado a la fundación de AACREA en la década de 1960 (Gras, 2009), e incluso al veloz aumento en la productividad del ganado bovino durante la segunda mitad del siglo XIX (Sesto, 2000). Sin embargo, es durante la década de 1990 que tal imagen se expande rápidamente.

La necesidad de llevar a cabo procesos de producción crecientemente complejos, por otra parte, comienza a extenderse a la generalidad de los capitalistas agrarios de la zona pampeana. En este sentido, es probable que la transformación organizativa que sufrieron las organizaciones gremiales tradicionales durante la década de 1990 esté destinada no sólo a compensar las funciones que el Estado dejaba vacantes (Lattuada, 2006), sino que también

encierra una tendencia al desarrollo de funciones de tipo técnico y de profesionalización de la gestión relacionadas con las formas crecientemente complejas que toma la producción agraria.

En especial, es la FAA la que se ve forzada a encarar una reconversión institucional, impulsada en lo inmediato por la necesidad de compensar la caída en sus ingresos. En este sentido, algunas de las funciones que comenzó a ofrecer la FAA a partir de la segunda mitad de la década de 1990, sobre todo durante la presidencia de Bonetto (1996-2000) parecen estar relacionadas con esta cuestión. En 1997, Bonetto insistía en la necesidad de adaptar la organización a los nuevos tiempos y ponía de relieve nuevas funciones que comenzaba a ofrecer la organización, especialmente la expansión de los servicios relacionados con la capacitación y el suministro de información y la realización de jornadas y congresos técnicos de tipo empresarial. Asimismo, a partir del año 2000, la organización comenzó a avanzar en la organización de comisiones internas destinadas a resolver problemáticas relacionadas con producciones específicas, lo que constituyó una orientación absolutamente novedosa (Lattuada, 2006).

### **Concentración del capital, estructura social y acción política**

De la misma manera, la acción política de las organizaciones gremiales, en la que se evidencia una dilución parcial de los antagonismos que históricamente caracterizaron la tradicional estructura gremial del sector, es también una forma en la que se expresa el proceso de concentración del capital en el sector agrario.

Uno de los aspectos que podría contribuir al análisis de este fenómeno remite al estrangulamiento de los pequeños capitales agrarios durante la década de 1990, que tiende a disminuir la tradicional heterogeneidad social característica de la región pampeana.

Nuevamente, es la FAA la que parece estar expresando más claramente estas transformaciones. Por un lado, durante la década de 1990 enfrenta el problema de la dificultad que tiene su base social de la zona pampeana para enfrentar el proceso de concentración: mientras que algunos capitalistas se ven forzados a salir de producción, otros logran salir airoso al alcanzar una escala de producción suficiente. En el medio, un buen número se convierte en simples terratenientes o contratistas. La defensa de éstos fue asumida tanto por la FAA como por la CRA y CONINAGRO, que se mostraron como las organizaciones más activas durante la década.

La devaluación del 2002 no sólo dio un respiro a los capitalistas más pequeños que habían logrado mantenerse en producción, sino que les permitió, de la mano de la suba de los precios internacionales de las mercancías agrarias, iniciar un ciclo de veloz expansión.

Junto con los precios de las mercancías agrarias, sin embargo, subieron los precios de los arrendamientos. E inmediatamente, las retenciones. Ambos hechos se manifestaron como una traba para la expansión de los pequeños capitales.

En primer lugar, porque se ven imposibilitados de competir con los capitalistas más grandes para arrendar más tierras, e incluso para mantener las ya

arrendadas. En segundo lugar, porque muchos son al mismo tiempo terratenientes, con lo cual la apropiación de renta diferencial les permite compensar su menor tasa de ganancia. Al avanzar sobre una porción de renta, las retenciones acaban por expulsar de la producción a estos actores sociales, que se transforman en meros rentistas.

Tanto los pequeños capitalistas que no pueden expandirse, como los capitalistas-terratenientes que no logran compensar su menor tasa de ganancia, y como los simples terratenientes que ven escapar de sus bolsillos parte de la renta diferencial, constituyen buena parte de la base social de la FAA en la zona pampeana.

Pero también lo son los capitalistas aún más pequeños y productores independientes que sólo logran mantenerse en producción mediante el aporte del trabajo familiar, así como los dedicados a producciones destinadas principalmente al consumo interno (frutas, horticultura, leche, entre otras) en zonas extrapampeanas.

De este modo, la base social de la FAA tiende a diferenciarse progresivamente, como ha sido recientemente sugerido (Lissin, 2010). El problema que se le presenta es, entonces, el de ser la representación política de estos dos sujetos sociales, cuyas necesidades frecuentemente se contraponen. Durante la primera mitad de la década la FAA se preocupó por asumir la representación de estos últimos, como lo expresa la realización del Congreso de Uso y Tenencia de la Tierra en el 2004, o la iniciativa para la creación del Fondo Nacional de Agricultura Familiar en el 2005. Esta acción se hallaba en las antípodas de las reivindicaciones que enarbolaban entidades como la SRA o la CRA. Por el contrario, la acción política de la FAA fue más bien la de acercamiento al gobierno. Al no encontrar respuestas, sin embargo, la entidad se fue alejando progresivamente.

Pero este distanciamiento político, que rápidamente mutó en oposición, no se produjo sobre un vacío. En el conflicto del 2008 la FAA asumió la defensa de la otra fracción de su base social, esencialmente los capitalistas o capitalistas-terratenientes de tamaño medio, cuyas explotaciones ocupan entre 200 y 500 hectáreas (Krakowiak, 2009). El incremento en las retenciones no sólo iba a afectar la renta diferencial que podría embolsar la clase terrateniente en su conjunto, sino también la ganancia de una fracción de estos pequeños capitalistas, lo que hubiera acabado por sacarlos de producción. La acción política destinada a la defensa de estos sujetos sociales no sólo supone el enfrentamiento directo con el gobierno, sino que además posibilita y explica la impensada alianza, al menos temporal, con la SRA.

## **El desarrollo de la cadena agroindustrial y las nuevas asociaciones**

La veloz expansión de la cadena de producción agroindustrial dio lugar al desarrollo de otro fenómeno: el desplazamiento del centro de la escena del rol fundamental de la producción primaria, que ahora es compartido con los capitales del resto de la cadena. Una evidencia de este desplazamiento puede localizarse

en una transformación en el discurso de las dirigencias de la SRA y la CRA, quienes comienzan a presentarse como actores subordinados frente a la expansión de la cadena agroindustrial (Makler, 2008).

El surgimiento de numerosas asociaciones que agrupan a los distintos eslabones de cadena, sin embargo, es la evidencia más clara de este proceso. Estas expresan la necesidad creciente que desarrollan estos capitales de darse una representación de tipo técnico, en la cual puedan integrarse y coordinarse con el resto de los capitales de la cadena.

La estructura de organizaciones del sector agrario, por lo tanto, comienza a expandirse, ya que a las entidades tradicionales, que agrupan principalmente a capitalistas agrarios y terratenientes, no les cabe expresar este fenómeno.

En esta estructura expandida, los capitalistas del sector agrario participan doblemente. Mientras que las organizaciones tradicionales realizan su necesidad de representación gremial, las asociaciones técnicas dan curso a la de integración con el resto de los capitales de la cadena.

## **Reflexiones finales**

El fuerte proceso de concentración y centralización del capital que caracterizó a la producción agraria pampeana durante las dos últimas décadas se expresó de distintas formas en la estructura de organizaciones del sector agrario.

En lo que refiere a las entidades gremiales, la tendencia a la homogeneización de parte de su base social permite, al diluir antagonismos históricos, la realización de acciones políticas conjuntas particularmente potentes, como el lockout agropecuario del 2008. El caso más notorio de esta tendencia es el de la FAA, que se enfrenta ahora al problema de tener que representar una base social que, a nivel nacional, sigue siendo sumamente heterogénea. Cabe preguntarse, de esta forma, si podrá sostener en el tiempo la representación política de estos sujetos, o si la balanza acabará por inclinarse definitivamente hacia uno de los lados. Una de las consecuencias inmediatas del conflicto fue, en este sentido, el abandono de la federación por parte de Pedro Cerviño, un referente histórico vinculado especialmente a los productores extrapampeanos (Cufre, 2008).

El desarrollo de la rama agroindustrial, por otra parte, tuvo por resultado la expansión de la clásica estructura de organizaciones gremiales, mediante la creación de asociaciones de tipo técnico. Éstas integran no sólo a los capitalistas del resto de la cadena, sino también a los agrarios, que comienzan a valerse de ambos tipos de organización. Que, por cierto, tienden a complementarse: dirigentes de la SRA forman también parte de MAIZAR, ARGENTRIGO y ACSOJA. Esta última, además, incorpora también a la FAA y la CRA.

Finalmente, la necesidad de profesionalización de estos sujetos sociales comienza a expresarse en distintos tipos de organizaciones. Lo hace más naturalmente en AAPRESID, bajo la forma ideológica del empresario innovador. Y lo hace de forma un poco más forzada en organizaciones cuyo carácter es

específicamente gremial. No obstante, como hemos visto, al menos en el caso de la FAA estas funciones comienzan a desarrollarse.

Cabe entonces interrogarse acerca de sí entre estas organizaciones se establecerán relaciones de competencia en relación a la oferta de este tipo de servicios, o si cada una de ellas se dirige hacia una base social determinada.

En suma, las transformaciones en la producción agraria pampeana y en su estructura social se expresan, durante las dos últimas décadas, en un complejo proceso de reconfiguración del conjunto de organizaciones que representa a los capitalistas de distinto tamaño, y cuya dilucidación exhaustiva es aún tarea pendiente.

## Bibliografía

- Balsa, J. (2006). *El desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense, 1937-1988*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Barsky, O., & Gelman, J. (2001). *Historia del agro argentino*. Buenos Aires: Grijalbo-Mondadori.
- Barsky, O., & Pucciarelli, A. (1991). Cambios en el tamaño y el régimen de tenencia de las explotaciones agropecuarias pampeanas. En O. Barsky, *El desarrollo agropecuario pampeano* (págs. 309-454). Buenos Aires: Grupo editor latinoamericano.
- Cufre, D. (29 de 06 de 2008). Federación Agraria se desgaja. *Página/12*, págs. <http://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-106926-2008-06-29.html>.
- de Martinelli, G. (2008). Pools de siembra y contratistas de labores. Nuevos y viejos actores sociales en la expansión productiva pampeana reciente. En J. Balsa, G. Mateo, & M. S. Ospital, *Pasado y presente en el agro argentino* (págs. 547-570). Buenos Aires: Lumiere.
- de Palomino, M. (1988). *Tradición y poder: la Sociedad Rural Argentina 1955-1983*. Buenos Aires: CISEA/Grupo editor latinoamericano.
- Fernández, D. (2008). El fuelle del estado: sobre la incidencia de las políticas públicas en la concentración de la producción agrícola pampeana (1989-2001). *Documentos del CIEA, N° 3*, pp. 33-68.
- Giberti, H. (1986). *Historia económica de la ganadería argentina*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Gras, C. (2009). El nuevo empresariado agrario: sobre la construcción y dilemas de sus organizaciones. En C. Gras, *La argentina rural* (págs. 215-236). Buenos Aires: Biblos.
- Gras, C., & Hernández, V. (2009b). "Son los piquetes de la abundancia". Actores y Estado en el conflicto agrario en Argentina. *Ponencia preparada para presentar en el Congreso 2009 de la Asociación de Estudios Latinoamericanos*. Rio de Janeiro, Brasil.
- Hernández, V. (2007). El fenómeno económico y cultural del boom de la soja y el empresario innovador. *Desarrollo económico*, 47(187), 331-365.

Hernández, V. (2009). La ruralidad globalizada y el paradigma de los agronegocios en las pampas gringas. En C. Gras, & V. Hernández, *La Argentina rural. De la agricultura familiar a los agronegocios* (págs. 39-64). Buenos Aires: Biblos.

Iñigo Carrera, J. (1998). La acumulación de capital en la Argentina. *XVI Jornadas de Historia Económica*. Quilmes.

Iñigo Carrera, J. (2003). *El capital: razón histórica, sujeto revolucionario y conciencia*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Iñigo Carrera, J. (2005). Argentina: acumulación de capital, formas políticas y la determinación de la clase obrera como sujeto revolucionario. *Razón y Revolución*(14).

Iñigo Carrera, J. (2007). *La formación económica de la sociedad argentina. Volumen I. Renta agraria, ganancia industrial y deuda externa. 1882-2004*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Iñigo Carrera, J. (2011). De la crisis al apogeo de la representación: subjetividad política y acumulación de capital en Argentina. *Revista de la Facultad de Ciencias Sociales No. 79*, 50-56.

Krakowiak, F. (23 de 03 de 2009). La derechización es lamentable. *Página/12*, págs. <http://www.pagina12.com.ar/diario/economia/2-121963-2009-03-23.html>.

Lattuada, M. (1992). Notas sobre corporaciones agropecuarias y Estado. Tendencias históricas y cursos de acción posibles en la experiencia democrática contemporánea. *Estudios Sociales*(2).

Lattuada, M. (2006). *Acción colectiva y corporaciones agrarias*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Lissin, L. (2010). *Federación Agraria hoy*. Buenos Aires: Capital intelectual.

Makler, C. (2007). Reflexiones sobre el gremialismo agropecuario en la Argentina. En O. Graciano, & S. Lázaro, *La Argentina rural del siglo XX. Fuentes, problemas y métodos* (págs. 344-369). Buenos Aires: La colmena.

Makler, C. (2008). Los discursos de las organizaciones corporativas ruralistas ante los derechos de exportación (1958-62 y 2002-06): materiales para su estudio. En J. Balsa, G. Mateo, & M. S. Ospital, *Pasado y presente en el agro argentino* (págs. 125-146). Buenos Aires: Lumiere.

Posada, M., & Martínez de Ibarreta, M. (1998). Capital financiero y producción agrícola: los pools de siembra en la región pampeana. *Realidad económica N° 153*, 112-135.

Sesto, C. (2000). Tecnología pecuaria y periodización: el refinamiento del vacuno en la provincia de Buenos Aires entre 1856 y 1900. Un intento de re-periodizar, incorporando como factor central de análisis el empleo de una tecnología de alta productividad. *Redes*, 7(16), 49-85.